

MALDITO ASFALTO

S.A. Cosby

Traducción: Miguel Sanz Jiménez

MÓTUS

*Para mi padre, Roy Cosby.
A veces querías llegar demasiado lejos,
pero en cuanto agarrabas el volante,
conducías como si lo hubieras robado.
Sigue conduciendo, salvaje. Sigue conduciendo.*

*Un padre es la persona que espera que su hijo
sea el buen hombre que él iba a ser.
Frank A. Clark*

Personajes de *Maldito asfalto*

Beauregard (Bug) Montage, dueño de un taller de reparación de coches. Es el mejor conductor de coches de la región, está endeudado y lucha por escapar de su pasado.

Kelvin, mejor amigo de Bug y su compañero de trabajo en el taller.

Anthony (Ant) Montage, padre de Beauregard. Lo abandonó cuando era un niño. De él aprendió todo y aún lo echa mucho de menos.

Boonie, dueño de un desarmadero de coches y amigo de Ant. Tiene relaciones con el mundo del crimen.

Kia, esposa de Beauregard. Lo ama pero teme por ella y los niños.

Javon y Darren, los hijos de Beauregard y Kia, un preadolescente y un niño.

Ronnie Sessions, ladrón que convoca a Beauregard para un trabajo de chofer en un atraco.

Reggie Sessions, hermano torpe de Ronnie.

Ella Montage, madre de Beauregard. Está en un geriátrico al que Bug debe mucho dinero.

CAPÍTULO 1

Shepherd's Corner (Virginia), 2012

BEAUREGARD PENSÓ QUE EL CIELO nocturno parecía un cuadro. Las carcajadas inundaban el aire. Solo las ahogó el estruendo de los motores revolucionados, cuando la luna se dejó ver entre las nubes. Los graves del equipo de música de un Chevelle cercano le golpeaban en el pecho con fuerza, sentía que le hacían la RCP. Había una docena de automóviles de último modelo estacionados al azar, delante del viejo supermercado. Además del Chevelle, había un Maverick, dos Impalas, unos cuantos Camaros y otros cinco o seis ejemplos de los días de gloria de la potencia estadounidense. Estaba fresco y el olor a gasolina y a aceite inundaba el aire además de un tufo intenso y acre a tubo de escape y a neumático quemado. Un coro de grillos y chotacabras trataba de hacerse oír, en vano. Beauregard cerró los ojos y aguzó el oído. Apenas los oía. Buscaban el amor a gritos. Pensó que había mucha gente que se pasaba gran parte de la vida dedicándose a lo mismo.

El viento empujó el cartel que colgaba encima de su cabeza, de un mástil a unos seis metros de altura. La brisa lo empujó adelante y atrás, y crujió.

El cartel decía “Supermercado de Carter” en grandes letras negras sobre un fondo blanco. Comenzaba a amarillear por la edad. Las letras estaban desgastadas y descascarilladas. La pintura barata se caía igual que la piel muerta. La “o” de “supermercado” había desaparecido. Beauregard se preguntó qué había sido de Carter, si también había desaparecido.

—¡Hijos de puta! ¡No están listos para el legendario Oldsmobile! Más les vale que se vayan a casa, a echar un polvo con sus feas mujeres el martes por la noche. En serio, ¡no tienen nada que hacer contra el legendario Olds! Va de cero a cien en un segundo. Les apuesto quinientos dólares de aquí a la meta, ¿eh? ¡Qué calladitos están! Vamos, el Olds ha enviado a muchos a casa, con los bolsillos vacíos. El Olds y yo hemos dejado atrás a más policías que los primos de *El sheriff chiflado*. ¡No van a poder con el Olds, amigos! —se jactó un tal Warren Crocker.

Se pavoneaba de su Oldsmobile Cutlass de 1976. El auto era precioso. La chapa era de color verde oscuro, tenía llantas de aleación y embellecedores cromados que recorrían la superficie como un relámpago líquido. Los cristales ahumados y las luces LED emitían un brillo azul y etéreo, igual que una criatura marina y bioluminiscente.

Beauregard se apoyó en su Plymouth Duster y Warren siguió predicando sobre la invencibilidad del Oldsmobile. Beauregard lo dejó hablar. Las palabras no querían decir nada. Las palabras no conducían el auto, solo eran ruido. Tenía mil dólares en el bolsillo. Eran todas las ganancias de las últimas dos semanas en el taller, después de haber pagado la mayoría de las facturas. Le faltaban ochocientos dólares del alquiler del local. Le tocó decidir entre el alquiler y los lentes de su hijo pequeño. En realidad, no había nada que decidir. Habló con su primo, Kelvin, y le pidió que averiguara si había alguna carrera callejera cerca. Kelvin seguía en contacto con unos tipos que conocían a otros tipos que sabían dónde había carreras que daban dinero.

Así fue como llegaron a las afueras del condado de Dinwiddie, a dieciséis kilómetros del ferial donde se celebraban las carreras legales. Beauregard volvió a cerrar los ojos. Escuchó el motor del auto de Warren al ralentí. Entre tanto alardear y presumir de verga, Beau oyó un ruidito inconfundible.

El motor de Warren tenía una válvula mal. Había dos posibilidades. A lo mejor Warren ya lo sabía y creía que era una tara aceptable, ningún problema para la potencia pura del motor. Quizá le había instalado un inyector de nitrógeno y le daba igual que hubiera una válvula suelta. O bien, no sabía que estaba mal y no paraba de decir huevadas.

Beau le hizo una señal a Kelvin. Su primo estaba pululando entre la multitud, en busca de una carrera que diera dinero de verdad. Ya había habido cuatro competiciones, pero nadie estaba dispuesto a jugarse más de doscientos dólares. No era suficiente. Beau necesitaba una apuesta de, al menos, mil dólares. Necesitaba que alguien mirase el Duster y viera dinero fácil, que observara el exterior austero y pensara que era pan comido.

Necesitaba a un pendejo tipo Warren Crocker.

Crocker ya había ganado una carrera, pero fue antes de que vinieran Beauregard y Kelvin. Lo ideal habría sido ver cómo conducía el tipo antes de apostar, ver cómo se portaba al volante, cómo navegaba por el asfalto agrietado de aquel tramo de la carretera 83, pero, a falta de pan, buenas son las tortas. Tardaron una hora y media en llegar allí. Fueron porque Beauregard no sabía de nadie del condado de Red Hill que quisiera competir con él. Contra el Duster, no.

Kelvin se puso delante de Warren, que se pavoneaba alrededor del auto.

—Mi colega y sus diez amigos dicen que van de cero a ciento diez en un segundo y a ti no te da tiempo ni a levantar el culo —dijo con una voz atronadora que retumbó en la noche.

Todos dejaron de charlar. Los grillos y los chotacabras se pusieron histéricos.

—Se te va la fuerza por la boca—dijo Beaugard.

—¡Epa! —exclamó un fulano entre la multitud que se había congregado.

Warren dejó de alardear y se apoyó en el techo del auto. Era alto y delgado. La piel oscura se le veía azul a la luz de la luna.

—¡Mierda! ¡Vaya bravuconada, hijo de puta! ¿Tienes la plata para demostrarlo? —preguntó.

Beaugard tomó la cartera y sacó diez billetes de cien dólares. Parecían un mazo de cartas en sus manazas.

—La cuestión es si tú tienes los huevos de demostrarlo —dijo Kelvin.

Sonaba igual que un locutor de Quiet Storm, la emisora de música negra. Sonrió como un loco a Warren Crocker, que se tocó el interior del carrillo con la lengua.

Transcurrieron unos instantes y Beaugard notó que se le formaba un vacío en el pecho. Vio cómo funcionaban los engranajes de la cabeza de Warren y, por un momento, creyó que iba a pasar del tema. Pero Beaugard sabía que aceptaría. ¿Cómo negarse? Se había puesto en un brete de tanto hablar y el orgullo no le permitía decir que no. Además, el Duster no parecía muy impresionante. Se veía limpio y la carrocería no estaba oxidada, pero la pintura de color rojo manzana de caramelo no quedaba digna de exposición y los asientos de cuero tenían unos cuantos desgarrones y grietas.

—De acuerdo. Vamos de aquí al roble que está partido por la mitad. Sherm guarda el dinero, ¿o quieres que nos juguemos los autos? —dijo Warren.

—No, que guarde el dinero. ¿Quién quieres que sea el árbitro? —preguntó Beaugard.

Sherm señaló a otro tipo con la cabeza.

—Jaymie y yo hacemos de árbitros. ¿También quieres que venga tu amigo? —dijo. Más que hablar, chillaba.

—Sí —dijo Beauregard.

Kelvin, Sherm y Jaymie subieron al auto de Sherm, un Nova de pintura opaca. Se marcharon al árbol partido, que quedaba a medio kilómetro. Beauregard no había visto más conductores desde que llegaron, la mayoría evitaban aquel tramo y preferían la autopista de cuatro carriles que serpenteaba desde la autovía interestatal y atravesaba el propio Shepherd's Corner. El progreso se había olvidado de aquella zona de la ciudad. Se quedó abandonada, igual que el supermercado. Un maldito asfalto torturado por los fantasmas del pasado.

Dio media vuelta y subió al Duster. Cuando arrancó el auto, el motor rugió igual que una manada de leones furiosos. Las vibraciones ascendieron desde el motor hasta el volante. Pisó el acelerador varias veces. Los leones se convirtieron en dragones. Encendió los faros. La doble línea amarilla del centro de la carretera cobró vida. Tomó la palanca de cambios y puso primera. Warren salió del estacionamiento y Beauregard se situó a su lado. Uno de los tipos de la multitud se acercó y se colocó entre ambos autos. Levantó el brazo y apuntó al cielo. Beauregard volvió a mirar de soslayo las estrellas y la luna. Con el rabillo del ojo, vio cómo Warren se ponía el cinturón de seguridad. El Duster no tenía cinturones. Su padre decía que, si tenían un accidente, los cinturones solo servirían para que al enterrador le costara más sacarte del auto.

—¿Listos? —gritó el tipo del medio.

Warren levantó el pulgar.

Beauregard asintió con la cabeza.

—Uno, dos... ¡y tres! —gritó el tipo.

“El secreto no es el motor. Es una parte, sí, pero no es lo principal. Lo que importa, lo que la mayoría no quiere mencionar, es cómo conduces. Si conduces como si tuvieras miedo, pierdes. Si conduces como si no quisieras tener que

reconstruir todo el motor, pierdes. Has de conducir como si solo te importara llegar a la meta. Conduce, carajo, como si te lo hubieras robado”.

Beauregard oía la voz de su padre siempre que conducía el Duster. A veces la oía cuando conducía para las bandas. En esos momentos, le proporcionaba amargas perlas de sabiduría. Una charla absurda que le recordaba que no debía acabar igual que su padre. Un fantasma sin tumba.

Beauregard pisó el acelerador hasta el fondo. Las ruedas giraron y salió humo blanco de la parte trasera del Duster. La fuerza de la gravedad le presionó el pecho y le aplastó el esternón. El auto de Warren cruzó la línea de un salto y las dos ruedas delanteras se despegaron de la carretera. Beauregard metió la segunda de golpe, justo cuando las ruedas delanteras del Duster se aferraron a la calzada igual que las garras de un águila.

Los árboles de ambos lados de la carretera se difuminaban y centelleaban mientras atravesaba la noche. Echó un vistazo al velocímetro. Ciento diez kilómetros por hora.

Beauregard pisó el embrague y puso tercera. La palanca de cambios no tenía números. Era una vieja bola ocho de billar, su padre se las había ingeniado para que encajara en la palanca. No necesitaba los números. Sabía en qué marcha iba por el sonido, lo sentía. El auto temblaba como un lobo que se sacude el pelaje.

Ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora.

El volante recubierto de cuero le crujía en las manos. Vio el auto de Sherm delante, estaba detenido a un lado de la carretera. Puso cuarta. El motor dejó de rugir y profirió el grito de guerra de un dios. Los tubos de escape eran las trompetas que anunciaban su llegada. Llevaba el pedal plano, aplastado contra el suelo. Parecía que el auto se contorsionaba y saltaba adelante, igual que una serpiente a punto de atacar. El velocímetro marcaba ciento setenta kilómetros por hora.

El Duster había adelantado a Warren como si su rival se hubiera quedado pegado al suelo. El viejo árbol partido en dos quedaba más y más atrás en el espejo lateral. Por el retrovisor, vio cómo Kelvin entrechocaba los puños. Pisó el embrague y redujo las marchas hasta volver a primera. Frenó un poco más, dio la vuelta en tres movimientos y regresó al viejo supermercado.

Detuvo el auto en el estacionamiento y Warren paró justo detrás. Unos instantes después llegaron Sherm, Kelvin y Jaymie. Beauregard bajó del auto, fue hasta la parte delantera y se apoyó en el capó.

—¡El viejo Duster corre que da calambre! —dijo un negro fornido y de nariz ancha. El sudor se le perlaba la frente y estaba apoyado en un Maverick blanco y negro, la respuesta de Ford al Duster.

—Gracias —dijo Beauregard.

Sherm, Jaymie y Kelvin bajaron del Nova. Kelvin fue trocando hasta el Duster y le tendió la mano izquierda. Beauregard chocó los cinco sin mirar.

—Le has dado una paliza, parecías un esclavo fugitivo —dijo Kelvin. Le salió del pecho una risa grave.

—La válvula suelta le ha dado por el culo. Fíjate en el tubo de escape. Quema aceite —dijo Beauregard.

El tubo de escape del Olds emitía una nube de humo negro. Sherm se acercó y le dio a Beauregard dos fajos de billetes. Los mil que apostó y la parte de Warren.

—¿Qué llevas debajo del capó de ese trasto? —preguntó Sherm.

—Dos cohetes y un cometa —dijo Kelvin.

Sherm se rio entre dientes.

Warren por fin bajó del Oldsmobile. Se quedó junto al auto y se cruzó de brazos. Torció el gesto e hizo una mueca.

—¿Le das mi plata? ¡Salió antes de tiempo! —exclamó.

El ambiente jocoso dio paso a un silencio sepulcral.

Beauregard no se apartó del capó ni miró a Warren. Su voz cortó la noche igual que una cuchilla.

—¿Insinúas que hice trampa?

Warren descruzó los brazos y, luego, los volvió a cruzar. Torció el cabezón, sujeto a un cuello delgado.

—Solo digo que ya ibas dos pasos por delante antes de que dijieran “tres”. Nada más —dijo Warren.

Se metió las manos en los bolsillos del ancho pantalón que llevaba y, luego, las sacó. Parecía no saber dónde meterlas. La bravuconería inicial se evaporaba.

—No necesito hacer trampas para ganarte. Por cómo suena esa válvula suelta, cualquier día se te va a parar el motor. Se te va a quedar más seco que el chochito de una virgen. El árbol de transmisión y la parte trasera soportan demasiado peso, por eso saliste de un salto —dijo Beauregard.

Se levantó del capó y se volvió para mirar a Warren, que clavaba la vista en el cielo nocturno. Se observaba los pies y hacía de todo menos mirar a Beauregard.

—Oye, hermano. Has perdido. Asímelo y admite que el Olds no es lo legendario que creías —dijo Kelvin.

Provocó unas cuantas carcajadas de los demás. Warren se apoyó en las puntas de los pies, Beauregard dio tres pasos y acabó con la distancia que los separaba.

—¿A que no me dices a la cara que hice trampa? —le preguntó.

Warren se lamió los labios. Beauregard era más bajo, pero el doble de corpulento. Todo músculos duros y ancho de espaldas. Warren dio un paso atrás.

—Solo es un comentario —dijo, con una voz fina como el papel crepé.

—Solo es un comentario. Solo es un comentario y no vale una mierda —dijo Beauregard.

Kelvin se puso en medio.

—Vamos, Bug. Vámonos. Ya tenemos el dinero —dijo.

—Hasta que lo retire, no —contestó Beauregard.

Unos cuantos conductores los rodearon. Kelvin creyó que estaban a punto de corear “¡Pelea! ¡Pelea!”, como si estuvieran otra vez en el colegio.

—Retíralo, amigo —dijo Kelvin.

Warren giró la cabeza a la izquierda y a la derecha. Eludía las miradas directas a Beauregard y a los que los rodeaban.

—Bien, quizá me he equivocado. Solo digo que... —comenzó a decir, pero Beauregard alzó la mano y Warren cerró la boca de forma audible.

—Déjate de “solo digo”. Y nada de que te has equivocado. ¡Retíralo! —dijo Beauregard.

—¡Que no te engañe, hermano! —gritó alguien de la multitud.

Kelvin se volvió y se encaró con Warren. Habló con voz grave.

—¿Quieres que estos tipos te pongan la cara como un mapa? Mi primo se toma en serio esta mierda. Retíralo y te vas a casa con todos los dientes.

Beauregard tenía las manos a ambos lados del cuerpo, abría y cerraba los puños a intervalos regulares. Observó los ojos de Warren. Seguía mirando en todas direcciones, como si buscara una escapatoria que no implicara retirar lo que había dicho. Beauregard se dio cuenta de que no lo iba a retirar, no podía. Los tipos como Warren se nutrían de la propia arrogancia, la necesitaban igual que el oxígeno. Dar marcha atrás les costaba lo mismo que dejar de respirar.

Los faros alumbraron el estacionamiento y, de pronto, unas luces azules iluminaron la fachada deslucida del supermercado.

—¡Mierda! Son las luces del sexo —dijo Kelvin.

Beauregard vio un automóvil rojo de policía, sin identificación, que estacionaba en diagonal y cortaba la salida del supermercado. Hubo algunos que fueron andando despacio hacia sus autos. La mayoría se limitaron a quedarse quietos.

—¿Las luces del sexo? —preguntó el negro sudoroso.

—Sí. Cuando las ves, te van a joder —dijo Kelvin.

Dos agentes bajaron del auto y sacaron las linternas. Beauregard levantó la mano y se protegió los ojos.

—Bueno, chicos, ¿qué tenemos aquí? ¿Una carrerita nocturna? No veo que diga NASCAR por ninguna parte. ¿Ve los carteles del NASCAR, agente Hall? —preguntó el policía que no era Hall.

Era un blanco rubio de mandíbula tan cuadrada que seguro que tuvo que estudiar geometría para aprender a afeitársela.

—No, no veo que diga NASCAR, agente Jones. Chicos, ¿qué tal si nos dan la documentación y se sientan en el suelo? —dijo el agente Hall.

—No hicimos nada. Solo estacionamos aquí, agente —dijo el negro sudoroso.

El agente Jones se volvió y se llevó la mano a la pistola.

—¿Acaso te he preguntado? ¡Al suelo, carajo! Muestran la documentación y siéntense todos en el suelo.

Había unas veinte personas y quince autos, pero todos eran negros y los dos policías eran blancos e iban armados. Todos sacaron la cartera y se sentaron en la calzada. Beauregard se sentó encima de la rama de un matorral que se había abierto paso por el pavimento. Sacó el carnet de conducir de la cartera. Cada policía empezó a revisar un extremo de la fila y los dos terminaron coincidiendo en el medio.

—¿Hay alguien con cargos? ¿Por no pagar la manutención, por agresión o por hurto? —preguntó el agente Hall.

Beauregard intentó ver de qué condado eran, pero no dejaron de deslumbrarle con las linternas. El agente Jones se detuvo frente a él.

—¿Algún cargo? —preguntó cuando tomó el carnet de Beauregard.

—No.

El agente Jones alumbró el carnet de conducir con la linterna. En el hombro lucía un parche que decía “Policía”.

—¿De qué condado son? —preguntó Beauregard.

El agente Jones le enfocó con la linterna en toda la cara.

—Del condado de Que te den por el culo, de un solo habitante —dijo el agente Jones.

Le devolvió el carnet a Beauregard, se volvió y le habló a la radio que llevaba en el hombro. El agente Hall lo imitó. Los chotacabras, las ranas y los grillos habían reanudado el concierto. Transcurrieron unos instantes mientras los dos agentes deliberaban con quienquiera que estuviera al otro lado de la radio.

—Ok, chicos. Así están las cosas. Unos tienen cargos y otros, no; pero da igual. No queremos que estén yendo de acá para allá por las carreteras de Shepherd’s Corner. Los vamos a dejar marchar. Para que no se les ocurra volver, nos tienen que pagar el impuesto de carreras —dijo el agente Hall.

—¿Qué mierda es el impuesto de carreras? —preguntó el negro sudoroso.

El agente Jones sacó la pistola y apretó el cañón contra la mejilla del negro sudoroso. Beauregard notó cómo se le hacía un nudo en el estómago.

—Todo lo que tengas en la cartera, gordo. ¿Quieres ser víctima de la brutalidad policial? —preguntó el agente Jones.

—Ya lo oyeron. Vacíen los bolsillos, caballeros —dijo el agente Hall.

Empezó a soplar una brisa suave. El viento le acarició el rostro a Beauregard. Un aroma a madreSelva viajaba en aquella brisa. Los agentes recorrieron la fila de hombres y les fueron quitando el dinero de las manos. El agente Jones se acercó a Beauregard.

—Vacíate los bolsillos, hijo.

Beauregard le sostuvo la mirada.

—Deténganme, arréstenme, pero no les voy a dar el dinero.

El agente Jones le clavó la pistola en la mejilla. El áspero olor a lubricante de armas le subió por la nariz y se le atragantó.

—Quizá no oíste lo que le dije a tu amigo.

—No somos amigos —dijo Beauregard.

—¿Te quieres comer una bala? ¿Quieres ser víctima de suicidio por policía? —dijo el agente Jones. Los ojos le brillaban a la luz de la luna.

—No, pero no le voy a dar el dinero —dijo Beauregard.

—Basta, Bug —dijo Kelvin.

El agente Jones le lanzó una mirada y le apuntó con la pistola.

—Es tu amigo, ¿no? Hazle caso, Bug —dijo el agente Jones.

Sonrió y enseñó una fila de dientes marrones y retorcidos. Beauregard sacó los dos fajos de billetes, el suyo y el que le había ganado a Warren. El agente Jones se los quitó de las manos.

—Buen chico —dijo.

—Ok, muchachos. Lárguense de aquí y no vuelvan a Shepherd's Corner —dijo el agente Hall.

Beauregard y Kelvin se pusieron de pie. La multitud se dispersó entre unas cuantas quejas amortiguadas. Los aullidos de los Chargers, los Chevilles, los Mustangs y los Impalas, que cobraban vida, inundaron la noche. Kelvin y Beauregard subieron al Duster. Los policías les dejaron pasar y los autos partieron lo más rápido que la ley permitía. Warren se quedó sentado en el Olds y miró al frente.

—¡Vete, Warren! —dijo el agente Hall.

Warren se frotó la cara con las manos.

—No arranca —murmuró.

—¿Qué? —preguntó el agente Hall.

Warren se quitó las manos de la cara.

—¡Que no arranca! —dijo.

Kelvin se reía mientras salía del estacionamiento con Beauregard.

Beauregard giró a la izquierda y enfiló la carretera estrecha.

—A la autovía se va por allí —dijo Kelvin.

—Sí. A la ciudad se va por aquí, y a los bares también —dijo Beauregard.

—¿Y cómo vamos a echar un trago sin plata? —dijo Kelvin.

Beauregard detuvo el Duster y dio marcha atrás hasta situarse en la entrada de un antiguo sendero de leñadores. Apagó las luces y dejó el auto encendido.

—No eran policías de verdad. No llevaban la insignia del condado en el uniforme y la pistola era una 38. Hace veinte putos años que los maderos no llevan pistolas 38. Y sabían cómo se llamaba —dijo Beauregard.

—¡Hijo de puta! Nos la ha jugado —dijo Kelvin. Dio un puñetazo al salpicadero y Beauregard le fulminó con la mirada. Kelvin acarició el salpicadero con la mano y alisó el cuero—. Mierda. Lo siento, Bug. ¿Qué pintamos aquí?

—Warren dijo que no le arrancaba el auto. Es el único que se ha quedado atrás —dijo Beauregard.

—¿Crees que es un soplón?

—Nada de soplón, estaba en el asunto. Se ha quedado atrás para llevarse su parte. Ninguno de los que vinimos a la carrera éramos de por aquí. Creo que un tipo como Warren querrá beber para celebrarlo —dijo Beauregard.

—La mierda esa de que habías hecho trampa era una pantomima.

Beauregard asintió.

—No quería que me marchara. Ganaba tiempo para que llegaran sus amigos. Corrió un par de carreras para animar a la gente. Igual comprobaba cuánto dinero se jugaban. Luego, cuando solté la plata, les escribí.

—¡Será hijo de puta! Je, je, el doctor King estaría orgulloso. Los blancos y los negros trabajando juntos —dijo Kelvin.

—Sí.

—¿Crees que va a pasar por aquí? No será tan tonto, ¿no?
—preguntó Kelvin.

Beauregard no habló. Tamborileó con los dedos en el volante. Supuso que no todo lo que había dicho y hecho Warren era falso. Era un auténtico idiota integral. Los tipos así creen que nunca los van a atrapar. Se piensan que van siempre un paso por delante de todo el mundo.

—Cuando conducía para las bandas, me topaba con tipos así. No es de por aquí. Habla como si fuera del norte de Richmond, quizá de Alexandria. Los tipos estos no se esperan a llegar a casa para celebrarlo. Quiere celebrarlo, porque cree que ha ganado. Se cree que nos ha engañado bien. Querrá ir al sitio más cercano que sirva alcohol y ponerse a beber. Estará solo, sus compinches no pueden andar por ahí con los uniformes falsos. Estará allí soltando estupideces, igual que antes. No tiene remedio.

—¿Estás seguro? —preguntó Kelvin.

Beauregard no contestó. No podía volver sin el dinero. Mil dólares no pagaba el alquiler, pero era mejor que nada. Su intuición le decía que Warren iría a beber. Se fiaba de su instinto, no tenía alternativa.

Pasó un tiempo y Kelvin miró el reloj.

—Hermano, no creo que... —empezó a decir.

Un auto pasó a toda velocidad junto a ellos. El verde vivo de la pintura resplandeció a la luz de la luna.

—El legendario Olds —dijo Beauregard.

Salió detrás del Oldsmobile. Lo siguieron por las llanuras y las lomas suaves de colinas poco pronunciadas. La luz de la luna dio paso a los faroles de los porches y a los focos de los jardines a medida que pasaban junto a bungalows y casas rodantes. Tomaron una curva, tan cerrada que se podría rebanar queso con ella, y vislumbraron el centro de Shepherd's Corner. Era una serie de adustos edificios de ladrillo y hormigón,

a la luz de las pálidas farolas. Una biblioteca, una farmacia y un restaurante delimitaban la calle. Cerca del final de la acera había un ancho edificio de ladrillo y el cartel colocado sobre la puerta de entrada decía “Dino: Bar y parrilla”.

Warren torció a la derecha y condujo hasta la parte trasera de Dino. Beauregard estacionó el Duster en la calle. Rebuscó en el asiento trasero y tomó una llave inglesa ajustable. No había nadie en la acera ni holgazaneando en la puerta del bar. Había unos pocos automóviles delante del Duster. El latido grave y tribal del *hip hop* se filtraba por las paredes del bar de Dino.

—Quédate aquí. Si viene alguien, toca el claxon —dijo Beauregard.

—No lo mates, amigo—dijo Kelvin.

Beauregard no prometió nada. Bajó del auto, corrió por la acera y cruzó el estacionamiento del bar. Se detuvo en la esquina trasera del edificio. Echó un vistazo y vio a Warren, de pie junto al Oldsmobile. Estaba meando. Beauregard cruzó corriendo el estacionamiento. La música del bar ocultó sus pisadas.

Warren se empezaba a dar la vuelta justo cuando Beauregard lo golpeó con la llave inglesa. Lo golpeó con la herramienta en el músculo trapecio. Beauregard oyó un crujido húmedo, igual que cuando su abuelo partía las alitas de pollo durante la cena. Warren se desplomó y manchó de orina el lateral del Oldsmobile. Rodó, quedó de costado y Beauregard lo golpeó en las costillas. Warren se tumbó boca arriba. Le salió un hilo de sangre de la boca y le corrió por la barbilla. Beauregard se arrodilló a su lado. Asió la llave inglesa y se la apretó a Warren contra la boca, igual que una mordaza. Sostuvo los extremos de la herramienta y apretó con todo su peso. La lengua de Warren se retorció alrededor del asa de la llave inglesa y parecía un gusano gordo y rosa. La sangre y la saliva le corrían por las comisuras de los labios y por las mejillas.

—Sé que tienes mi dinero. Sé que esos policías de alquiler y tú trabajan juntos. Van por ahí montando carreras y embaucando a los tontos que encuentran. Me da igual. Sé que tienes la plata. Te voy a quitar la llave inglesa y como hables de otra cosa que no sea el dinero te rompo la mandíbula por siete sitios distintos —dijo Beauregard sin gritar ni chillar.

Se enderezó y retiró la llave inglesa. Warren tosió y ladeó la cabeza. Escupió unas gotas de saliva rosada que le cayeron en la mejilla. Tomó unas cuantas bocanadas de aire y se manchó la mejilla de más sangre y escupitajos.

—El bolsillo de atrás —resolló.

Beauregard le dio la vuelta y Warren se quejó. Fue un gemido agudo y animal. A Beauregard le pareció oír cómo entrechocaban con suavidad los huesos rotos de la clavícula. Sacó un fajo de billetes y lo contó con rapidez.

—Aquí solo hay setecientos cincuenta pavos. ¿Y mis mil dólares? ¿Y los tuyos? ¿Dónde está el resto? —preguntó Beauregard.

—Los míos... eran falsos —dijo Warren.

—¿Esta es tu parte? —dijo Beauregard.

A Warren le costó asentir con la cabeza. Beauregard apretó los dientes e inspiró. Se puso de pie y se guardó el dinero. Warren cerró los ojos y tragó saliva.

Beauregard se metió la llave inglesa en el bolsillo trasero y le dio un pisotón a Warren en el tobillo derecho, justo en la articulación. Warren chilló, pero no había nadie cerca para oírlo, solo Beauregard.

—Retíralo —dijo Beauregard.

—¡La puta madre! ¡Me rompiste el puto tobillo!

—Retíralo o te rompo el otro.

Warren se volvió a tumbar boca arriba. Beauregard le vio las manchas oscuras que iban de la entrepierna a las rodillas. Seguía con la verga colgando fuera de los pantalones, parecía una lombriz. Le llegó el olor a orina.

—Lo retiro. No hiciste trampa, ¿está bien? No eres un puto tramposo —dijo.

Beauregard vio que a Warren se le saltaban las lágrimas.

—Ahora sí —dijo Beauregard. Asintió con la cabeza, se volvió y regresó caminando al Duster.